

comedias en uno y dos actos, juguetes, parodias, zarzuelas, etc., etc.; un sainete titulado *Como barbero y como alcalde*, y en colaboración con *Julián Romea*, la zarzuela titulada *De Cádiz al Puerto*, ambas de costumbres esencialmente españolas, y que es justo incluir entre las de originalidad, no supuesta, sino probada.

JUAN BARCO, autor del sainete *Secretaría particular*, ha obtenido también muchos y muy justos aplausos del público por esa obra, que pertenece al Sr. Barco desde la cruz á la fecha.

Además de estos escritores hay, entre los autores *del género chico*, algunos que, ya por pintar en sus obras escenas y costumbres puramente españolas (y algunas veces americanas....., de las Américas nuestras, por supuesto), ya por inspirarse en acontecimientos ocurridos en nuestro país, las traen con patentes limpias; sin que esta metáfora signifique remotamente que para nosotros sean sucias todas las procedencias del extranjero. Con mucho gusto admitimos á libre plática á los autores dramáticos de allende el Pirineo, con dos condiciones solas: es la primera, la condición de que ellos, los originales, sean efectivamente autores dramáticos, literatos dignos, y con sentido común además, no ganapanes imbéciles de esos que explotan la general estupidez con chocarrerías insulsas ó payasadas indecorosas; es la segunda, la de que no se intente falsificarlos, haciéndoles decir lo que no han dicho, ni se pretenda introducirlos de contrabando en nuestra escena.

Si de los autores de obras denominadas *Revistas* hablamos, justo es mencionar en primer término á JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA, autor dramático muy estimable, y que ha cultivado con fortuna todos los géneros. Más de *cincuenta obras* dramáticas tiene en su repertorio, y en todas ellas alcanzó los aplausos del público; pero su triunfo más ruidoso, el que le valió figurar á la cabeza de un grupo numeroso de autores, fué el alcanzado hace ahora treinta años con su Revista *satírico-política*, titulada **1864-1865**; puede afirmarse, sin incurrir en exageración, que Madrid entero acudió al antiguo *Teatro del Circo* á ver la aplaudidísima Revista del Sr. Gutiérrez de Alba, á celebrar sus chistes, á reír sus picantes alusiones, á tributar ruidosos aplausos y repetidas aclamaciones al autor por los hermosos pensamientos de libertad esparcidos en toda la obra.

Á pesar de aquel triunfo, que fué, en realidad, uno de los más espontáneamente otorgados por la opinión á un poeta, no consideraríamos á *Gutiérrez de Alba* como figura de las que deben aparecer en el cuadro por nosotros bosquejado, si no hubiera proseguido incansable en su labor literaria desde entonces hasta estos mismos días.

**1866-1867**, una Revista política de los años que en su título aparecen, y la rotulada *Del infierno á Madrid (viaje de ida y vuelta)*, estrenada con extraordinario aplauso en el *Teatro Cervantes*, de Sevilla, en 1893, y otras comedias, también muy españolas, como *La Moza del cura*, por ejemplo, dan derecho á ese veterano de nuestras letras para ser colocado, en sitio preferente, entre los autores dramáticos españoles de fin de siglo.

Después de *Gutiérrez de Alba*, el fundador del género entre nosotros, nadie puede disputar el sitio de preferencia á EDUARDO NAVARRO GONZALVO, el aplaudido autor de «*El puesto de las castañas*.» Muchas son las *Revistas* de este escritor fecundísimo que se han representado, con envidiable éxito siempre, en los teatros de la Corte y en los de las principales poblaciones de España y de Ultramar en estos años últimos. Nuestros personajes políticos, nuestros eminentes oradores, todos los hombres egregios, han desfilado varias

veces, muchas veces, ante el público español congregado en los teatros. Han desfilado ya bajo un disfraz, ya bajo otro disfraz, pero personíacos siempre por actores que se *hacían sendas cabezas* (según la locución de nuestros vecinos), que no daban lugar á dudas.

Sagasta, Cánovas, Castelar, Pí, Martínez Campos, en una palabra, cuantos en un período de veinte años han intervenido, con su palabra ó con su pluma, con su acción ó con su consejo, en la marcha de la política española, han sido llevados á escena por el incansable NAVARRO GONZALVO, á quien, por sufragio universal, se ha otorgado título de maestro en ese género literario.

Pero hay, actualmente, en nuestro teatro, otra clase de *Revistas* de carácter más general; como si dijéramos, de base más amplia *Revista* en que el poeta pone á contribución, no ya sólo la política, sino la Literatura, y el Arte, y la Ciencia, y la Instrucción pública, y la policía urbana, y todo lo que pueda contribuir á dar atractivos de oportunidad á sus trabajos.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ, poeta festivo de muy feliz ingenio, de gracia inagotable, de actividad pasmosa, de inspiración siempre lozana y fresca, merece ser señalado como el modelo en este género, menos fácil de lo que se cree generalmente. Su obra *La gran vía*, titulada por el autor «revista madrileña, cómico-lírica, fantástica, callejera», alcanzó número fabuloso de representaciones jamás conocido en los teatros de España hasta entonces. FELIPE PÉREZ había escrito antes y ha hecho después comedias muy lindas y discretísimos juguetes; pero *La gran vía*, que ha recorrido el mundo, y que ha sido traducida al francés, al italiano, al portugués, es la que más fama le ha dado.

La *razón social* PERRÍN y PALACIOS (dos autores muy fecundos también, que trabajan casi siempre juntos) obtuvo gran boga, no ha mucho tiempo, con su obra *Certamen Nacional*, especie de *Revista* de la misma índole.

Y á éste siguieron, con varia fortuna, muchos trabajos vaciados en idénticos moldes. *Ratas, chulos, toreros, cante y baile flamencos*; trajes caprichosos que, en su variedad infinita, habían de tener el carácter común de dejar perfectamente al descubierto las gracias más ocultas de las señoritas del coro, cosas eran todas que, combinadas de mil maneras, ofrecían al espectador cuadros plásticos llenos de atractivos.

Contra el abuso de ese patrón levantáronse, ora en nombre de la moralidad y de las buenas costumbres, ora en defensa del decoro del arte, ya para sacar á salvo los prestigios de la escena española, ya para predicar respeto á nuestras glorias literarias, voces elocuentes, que repitieron las mismas razones y los argumentos mismos que algunos años antes se habían aducido contra los *Bufos*; y que no eran, en resumen, sino reproducción corregida y aumentada de cuanto en todas épocas se ha predicado, siempre inútilmente, contra las tendencias de la mujer á lucir lo que el pudor no permite mostrar y el anhelo del hombre por ver de cerca hermosura de formas y perfecciones esculturales, á que es por naturaleza aficionado.

Prescindiendo en este caso de ese aspecto especialísimo de la cuestión, que en nada se relaciona con la literatura y que nosotros no tenemos para qué examinar ahora, haremos constar que, á juicio de muchos espectadores, esas exhibiciones repetidas del *flamenquismo* y de la *chulería* eran más aceptables que la repetición constante de los mismos chistes y de los mismos *quid pro quos* de las piececitas vertidas del francés y cortadas todas por el mis-

mísimo patrón eterno: El tío que vuelve de América y que quiere casar al sobrino, el cual sobrino está ya casado; el temor de que el tío desherede al sobrino; la necesidad de que el sobrino engañe al tío; la consecuencia ineludible de que el tío se enamore de la mujer del sobrino, y la precisión de que acaben por contárselo todo al tío; los chistes de siempre, las situaciones de todos los días; los apuros de todas las comedias; los equívocos repetido<sup>s</sup> desde tiempo inmemorial, y la coplilla insulsa pidiendo el aplauso.

«Esto, decían muchos, es ya inaguantable. A lo menos en estas Revistas, lo que nos dicen y lo que nos presentan es cosa de la tierra.

»Bueno ó malo, tuerto ó derecho, nuestros autores lo han inventado ó lo copian del natural; no lo han pedido á Francia, porque los franceses no tienen de esto, sino cuando lo toman de nosotros ó cuando se ponen á ensartar dislates sobre dislates, lo cual les sucede muy á menudo.....; siempre que hablan de España.»

Estos mismos defensores del género *Revista* son los que, tomando en serio lo que en son de broma solía decir un escritor festivo de mucha gracia, repiten, refiriéndose á los juguetes cómicos: «Toda obra de esa clase es traducida, mientras no se pruebe lo contrario.»

No llevamos nuestros pesimismo á tal extremo; pero en realidad, fuera de *Cádiz* y *Trafalgar*, de Burgos, y de *El chaleco blanco*, de Ramos Carrión, y de la ya mencionada *De Cádiz al Puerto*, de Flores García y Julián Romea, y de *Cuba libre*, de FEDERICO JACQUES, y de *Aprobados y Suspensos*, de VITAL AZA, y de algún juguete de ENRIQUE BEDMAR, obras todas que por su misma índole, por ofrecer cuadros esencialmente locales y costumbres nuestras, desvanecerían toda sospecha de plagio (sospecha que, por otra parte, tampoco podía admitirse, dados los nombres de los autores), entre los infinitos juguetes en un acto que á diario se estrenan en los teatros por horas, es muy difícil, por no decir imposible, establecer, con probabilidades de acierto, divisiones entre los originales, los arreglados, los traducidos y los *refritos* (valga la palabra, ya que en el vocabulario usual de entre bastidores es corriente). ¡Se parecen tanto unos á otros!

Sin permitirnos, por consiguiente, establecer distinciones entre unos y otros autores, allá van unos cuantos nombres de escritores, que no son, ni con mucho, todos los que abastecen de juguetes cómicos y líricos los teatros en que se representa el llamado género chico:

Granés, Jackson Veyan, Cantó, Vital Aza, Estremera, Sinesio Delgado, Rodríguez Chaves, Perrín, Constantino Gil, Miguel de Palacios, Fiacro Yráizoz, Ricardo de la Vega, Navarro Gonzalvo, Calixto Navarro, Lustonó, Luceño, Boada, Merino, Cuartero, Limendoux, Celso Lucio, Ferrer Bittini, Liern, Burgos, Angel de la Guardia, Emilio Mario (hijo), Ramos Carrión, Santiago Gascón, Felipe Pérez y González, Flores García, Arniches, Sierra, Monasterio, Olona, López Silva, Luis Taboada, Ayuso, Gullón, Lorente y Urrazu, Fernández Campano, Gabaldón, Rojas, Larra, Jacques, Las Heras, Hermúa (*Mecachis*), Montesinos, S. Fano, Labra, Adán Bernet, Romea, Limiñana, Barberá, Sánchez Pastor, Ruesga, Prieto, Ansorena, López Marín, Urrecha, Cocat, Criado, Pérez Zúñiga, Díaz Escobar, Sánchez Ramón... Sánchez Seña... y muchos más; porque hay necesidad de poner término á esta lista.

En ella faltan muchos nombres y quizá sobran los de quienes, como Vital Aza, Ramos Carrión, Liern, Ricardo de la Vega y algunos más, habían sido ya anteriormente mencionados como cultivadores, muy celebrados y muy aplaudidos, de otros géneros; hemos creído,

no obstante, que no era lícito eliminar de esa lista de autores, nombres que, sin ofensa de nadie, puede decirse la enaltecen y le dan honor y tono; y como, por otra parte, es exacto de toda exactitud que Rafael María Liern, el aplaudido autor de la comedia de magia *La almoneda del Diablo*, y de muchas otras obras de importancia literaria, es también autor de *Una casa de fieras*, juguete delicioso, y de otras obrillas del género chico; y como es exacto asimismo que los autores de *La Tempestad*, y de *El señor Cura*, y de *Tormento*, lo son respectivamente de *Golondrina*, de *Perecito* y de *El primer Jefe*, bien colocados están donde están; que ya el lector avisado é inteligente se encargará de decir en dónde se halla la cabecera.

Allá van en tropel, con Echegaray al frente, á manera de pelotón informe é indisciplinado de militares insurrectos, los Sellés y los Guimerá, los Cano y los Pitarra, los Galdós y los Blasco, los Gaspar y los Feliu, y muchos más, apresurándose á penetrar tumultuosamente por las puertas, entreabiertas ya, del siglo vigésimo. Esos, esos son los autores de fin de siglo; las obras de esos, la herencia que la generación literaria de hoy legará á las de mañana. Cada uno pelea por su cuenta, con independencia de toda subordinación; en guerrillas, á que tan aficionados fueron siempre los españoles; pero contribuyendo todos, con su labor individual, á que se realice la evolución progresiva de nuestro teatro; evolución en la cual el momento presente (ya lo hemos dicho) señala, con respecto al inmediato anterior, visible adelanto. Allá van juntos, aunque no unidos, autores y traductores, idealistas y realistas, naturalistas y románticos..... Á los críticos de fin del siglo venidero tocará decir quiénes de éstos han merecido llegar hasta allá; cuántos se han quedado en el camino; y en qué grupo de las clasificaciones, que entonces haya, han de ser incluídos cada uno de los pocos que lleguen. ¿Quién sabe si los eruditos de entonces, imitadores de los eruditos de siempre, obligarán á los dramaturgos de hoy, retorciendo sus frases y violentando sus cláusulas, á que piensen y digan lo que ni dijeron ni pensaron nunca?

Para muchos es discutible, por lo menos, si los traductores y arregladores de obras extranjeras contribuyen también al adelantamiento del teatro.

De los que traducen obras maestras de otras literaturas, puede afirmarse con certeza que contribuyen al mejoramiento del teatro y á la mayor cultura del público; los que, convirtiendo el teatro en sastrería, remiendan lo que se les viene á las manos, por malo que sea, es seguro que no dan impulso al movimiento general, antes entorpecen ó dificultan la marcha de sus compañeros de viaje.

\*  
\* \*

Que en el teatro español contemporáneo representan los músicos papel mucho más importante que el de meros auxiliares, verdad axiomática es que, ni necesita ser demostrada, ni puede ponerse en tela de juicio. Hablar de nuestro teatro en fin de siglo y no decir algo del género zarzuela, del juguete lírico, del proyecto de *ópera nacional*—tan asendereado, por lo menos, como el del *Teatro español* sostenido por el Estado—es dejar incompleta la noticia y sin concluir el cuadro.

Coautores son de las obras lírico-dramáticas los maestros compositores, que más de una vez y más de cien veces, sobrepujan al poeta y le dejan obscurecido.

Justo es, por consiguiente, y á más de justo necesario, que antes de poner término al ca-

pítulo dedicado á nombres de autores, mencionemos, bien que sin juzgarlos, ni aun á la ligera, algunos de los maestros que hoy alcanzan los favores del público y se ven solicitados por libretistas. Bien será que, para entrar con mejor pie por esta senda, evoquemos el recuerdo de los insignes, los nunca olvidados Arrieta, Barbieri, Gaztambide, dioses mayores de aquella zarzuela de los buenos tiempos, que nos hechizó cuando niños. Ni el autor de *Marina*, ni el de *Los diamantes de la corona*, ni el de *Los Madgiares*, que crearon y sostuvieron ese género durante cerca de medio siglo, pueden representar la música española de fines del presente; pero algunas de sus obras, que aun se hallan en el repertorio y que todavía se oyen con deleite, pasarán al siglo que viene, y vivirán en él vida más duradera que muchas de las que, muy aparatosamente y con muchas pretensiones, se han representado después.

Compañero, casi hermano (aunque hermano menor) de aquellos maestros ilustres que tanta popularidad alcanzaron, fué uno de los más celebrados hoy, el maestro FERNÁNDEZ CABALLERO, en cuya inspiración y en cuya inteligencia parece que cada año que pasa llega á derramar frescura y lozanía.

Además de *Fernández Caballero*—que viene á ser, por decirlo de este modo, el representante de la tradición—brillan, entre la gente nueva, en primer término, RUPERTO CHAPÍ, el autor de *Música clásica* y de *La Bruja*; TOMÁS BRETÓN, que escribe óperas como *Garín* y zarzuelillas como *La Verbena de la Paloma*; y APOLINAR BRULL, inspirado autor de *La Cruz blanca*; y el popularísimo CHUECA, que, con sólo haber escrito *La gran vía* y *Cádiz*, en un país distinto del nuestro sería millonario, como lo son músicos franceses que no valen ni la mitad de lo que vale Chueca; y RUBIO y VALVERDE (padre é hijo), y SAN JOSÉ, y LUIS ARNEDEO, y BROCA, y los hermanos FERNÁNDEZ GRAJAL, y VIAÑA, y el inteligente y estudioso A. LLANOS, y JAVIER GAZTAMBIDE, y MARIANI, y REIG, y YÁÑEZ, y SANTAMARÍA, y NIETO..... y muchos otros, algunos de los cuales han dado vida, fama y prestigio á libretos que, sin el concurso del maestro compositor, hubieran tenido muy precaria existencia.

### III.

#### ACTRICES.—ACTORES.

«Yo echo la culpa á los cómicos  
y ellos me la echan á mí.»

(*Bretón de los Herreros.*)

Desde que el teatro es teatro, el autor ha necesitado de la colaboración insustituible de los actores, y ha contado con ella. Cierto que sin el poeta faltarían al actor ocasiones de mostrar sus aptitudes para la escena; pero cierto, asimismo, que sin el actor no tendría el dramaturgo medio de dar vida á sus creaciones. Y la exactitud de estas apreciaciones axiomáticas no se quebranta, ni con el recuerdo de algunos autores que, como Shakespeare, Molière y Lope de Rueda, representaron sus mismas producciones, ni con la consideración de que hoy mismo tenemos actores que escriben para el teatro; que Molière, comediante, representara tipos concebidos y creados por Molière autor; que Shakespeare, actor, recitara

los versos y las prosas de Shakespeare, poeta; que nuestro Lope de Rueda fuese creador é intérprete de sus farsas y de sus entremeses, no prueba que los autores y los cómicos no se necesiten mutuamente, antes demuestra lo contrario. Verdad es que las bellezas literarias de las obras dramáticas pueden ser apreciadas y aun sentidas en la lectura; pero hay en todas ellas infinidad de pormenores, á los cuales solamente la viva voz, el gesto, la mirada, el ademán, y otras circunstancias inherentes á la representación escénica, pueden dar el debido relieve. Y tan rudimentario y tan evidente es todo esto, que parece ociosa la insistencia.

Esta especie de solidaridad de intereses y esta mancomunidad de aspiraciones que sostienen unidos ante el público á los poetas y á los actores dramáticos, son causa, tanto de las amistades, siempre quebradizas, cuanto de los enojos, siempre pasajeros, que, por lo general, entre los unos y los otros existen.

Éstos y aquéllos, escritores y cómicos, solicitan y anhelan y mendigarían, si fuera preciso, los favores del público. Si no los consiguen, sucede lo que decía con mucha gracia Bretón de los Herreros: el actor exige al poeta la responsabilidad del fracaso, y el poeta atribuye (dígalo ó no, porque casi ninguno lo dice en voz alta) á deficiencias de la representación el contratiempo sufrido. Si, por el contrario, el *ilustre senado* (según nombraban á lo que hoy llamamos *los morenos*, nuestros poetas del siglo de oro) da veredicto favorable, lo mismo el actor que el autor, cada uno en su fuero interno, divide la gloria conquistada en dos porciones muy desiguales, de las cuales se adjudica á sí mismo la mayor. En uno y en otro caso, como el actor es el que se halla en contacto más inmediato con los espectadores, él es quien más directamente y más pronto recibe los halagos ó los desvíos del público. Es cierto que en las noches de borrasca, noches que, como es natural, son poco frecuentes, se coloca en situación desventajosa con respecto al poeta; en todas las demás, y muy especialmente en las de ruidosas victorias, se mejora en tercio y quinto para la estimación y en el cariño de *su* público. El actor, y sobre todo la actriz, son siempre, por la frecuencia del trato, más íntimos amigos del público que el poeta, á quien sólo en determinadas noches hay ocasión de ver y de aplaudir. Pues el espectador que podríamos llamar de diario; ese que no asiste al teatro atraído por la novedad del estreno, ni por las vanidades de la *función de moda*, suele no saber nada de los autores, cuyas obras lo encantan, y desconoce por completo á las hermosas damas mencionadas cada lunes y cada martes en las *Revistas de Salones*; pero conoce al gracioso *fulano*, que sólo con aparecer en escena le hace desternillarse de risa, y á la preciosa actriz *mengana*, cuya voz es tan agradable y cuya mirada tiene irresistibles atractivos. Para esos espectadores, la personalidad del autor dramático no existe; ha desaparecido de todo en todo; lo que allí, en el escenario, representan, no lo ha hecho nadie, está sucediendo de verdad, y la esposa adúltera es blanco de los odios del espectador de buena fe, y el marido ultrajado se capta su afecto, y *el traidor*, cuando la comedia es de esas que tanto le gustaban á Pipí (el de *El Café*), puede estar seguro de que le aborrecen con toda su alma las tres cuartas partes, por lo menos, de los concurrentes.

¡Cuántas veces hemos oído á nuestros padres hablar de RICARDO DARLINGTON! ¡Cuántas de *La niña boba*! ¡Cuántas más de *El Zapatero y el Rey*! ¿Y ha sido, en alguna ocasión, para recordar á *Dumas*, á Lope ó á Zorrilla? ¡Oh!, no, por cierto; ha sido siempre indefectiblemente para encomiar las maravillas que allí realizaban el gran *Valero*, la inimitable *Matilde*,

el insigne *Latorre*. Nosotros mismos, los que hemos alcanzado al inmortal *Julían Romea*, y hemos tenido ocasión de aplaudir á *Teodora*, la sin par, y no hemos olvidado, ni olvidamos el talento y la gracia de *Pepita Hijosa*, ¿sabemos, por ventura, quién fué el autor de *Sullivan*? ¿Podríamos decir con certeza, sin consultarlo previamente, quién escribió *Adriana*? ¿Recordamos quién es el autor de *Pepita*? Y, sin embargo, no se reunirán una vez sola algunos de los que, *in illo tempore*, eran asiduos concurrentes al teatro sin exclamar: ¡qué *Sullivan*, el de *Romea*! ¡Cómo estaba *Teodora* en *Adriana*! ¡Qué gracia tan hechicera la de *Pepita Hijosa* en *PEPITA*!

Los autores de esas obras, ¿qué importan? Los que van al teatro, no para estudiar, sino para divertirse; no en busca de arte y de literatura, sino de espectáculos que les distraigan, ven y tocan eso, lo que les distrae, lo que les divierte, y toman afecto al actor que los ha conmovido, y recuerdan con agrado á la actriz que les hizo derramar lágrimas de ternura.

Todo eso pasa; los actores desaparecen, desaparecen también los espectadores que los aplaudieron y los que conservaron aquellos aplausos y aquellos goces en la memoria, y otras generaciones otorgan su predilección á otros artistas; y entonces los literatos, los que de la literatura hacen su estudio y su ocupación, leen, examinan, analizan aquellas obras que sus predecesores celebraron tanto, y suelen condenarlas al olvido, y sacan de él otras que no hallaron gracia en el ánimo de sus contemporáneos; y entonces el nombre del autor reaparece, y reaparece solo, sin el acompañamiento de los actores que representaron sus obras. Pero esos admiradores de mañana y de pasado mañana podrán ser muchos si las obras tienen vida para muchas generaciones, porque en cada una de ellas habrá algunos; serán, no obstante, pocos en un momento dado, porque siempre fueron pocos los escogidos.

Ese desquite hipotético, aceptado melancólicamente como único consuelo por todos los escritores que no logran el favor del público de su tiempo, no impide que, según hemos dicho, las actrices y los actores, cuando llegan á conquistar la predilección del público—que deja y toma favoritos como soberano—parezcan, circundados con la aureola de la popularidad, verdaderos monarcas. Lo mismo que ellos, tienen cortesanos y aduladores; lo mismo que ellos, reciben *corte* y otorgan ó niegan mercedes; y lo mismo que ellos, se hallan imposibilitados de escuchar voces amigas que les hablen el lenguaje de la lealtad y de la franqueza. Al trono del Rey, muy pocas veces, casi ninguna, llega la verdad; al cuarto de una actriz aplaudida ó de un director endiosado, no llega nunca. Y esto que ha sucedido antes, y sucederá luego, sucede en nuestra época, y había necesidad de manifestarlo, cuando se pretendía dar noticia del estado actual de nuestro teatro. De esta situación no puede formar idea exacta quien sólo conozca los nombres y la valía de los autores. Es menester que asimismo conozca los nombres y el mérito de los actores, intermediarios absolutamente indispensables para poner en relación al poeta con la muchedumbre; y que sepa además el puesto que, en el aprecio del público, ocupan los unos y los otros.

De esto último hemos indicado, porque entendemos que lo indicado basta, lo suficiente; y acerca de lo otro escribiremos muy pocas líneas.

Como no hemos juzgado á los dramaturgos, no juzgaremos á los actores. Prescindiremos, para dar á este trabajo el carácter de neutralidad que en nuestro concepto debe tener, de las propias opiniones; aceptaremos la que nos da formada ya el público mismo, y, sin discutirla, á ella nos atendremos para mencionar nombres de artistas.

Entre los artistas que *ya son*; que llegaron y vencieron y siguen victoriosos; á quienes han consagrado, si así puede decirse, los aplausos unánimes del público de todos los países en que se habla nuestro idioma, hay tres, cuyos merecimientos nadie discute, cuyos derechos á ocupar los primeros lugares no pone nadie en tela de juicio: una actriz, MARÍA TUBAU; dos actores, EMILIO MARIO y ANTONIO VICO.

Entre los artistas *que vienen, que serán*, que son casi, pero á quienes falta aún esa consagración á que nos referíamos antes, y que no pueden dar ni las disposiciones felices, ni el talento privilegiado, sino el mucho estudio y la aplicación perseverante, se hallan otros dos: una actriz, MARIQUITA GUERRERO, y un actor, EMILIO THUILLIER.

No hay para qué decir que si hemos prescindido de nombrar á nuestra célebre *Teodora*, á *Elisa Boldín*, á *Elisa Mendoza* y á otras de menos nombradía, pero de mérito más que suficiente para ser mencionadas, es porque—según ya dijimos al hablar de Tamayo y de Núñez de Arce—esas glorias de nuestro teatro, pues glorias del teatro han sido y serán, aunque se hallen alejadas de la escena, no son glorias de que puede ufanarse únicamente este breve lapso que denominamos *fin de siglo*.

MARÍA TUBAU ha representado en España y en América el repertorio moderno que han dado á conocer por todo el mundo la *Pezzana*, la *Marini*, la *Lucinda Simoes*, la *Tessero*, la *Pía Marchi*, la *Duse* y la misma *Sarah Bernhardt*; desde *¿Divorciémonos?* hasta *Dionisia*, desde *Serafina la Devota* hasta *Frou-Frou*; y en *Francillon* y en *La Dama de las Camelias*, y en *Luisa Parquet*, así como en obras españolas, ya cómicas, ya dramáticas de su inmenso repertorio, ha obtenido triunfos iguales, si no superiores, á los obtenidos por las primeras actrices de Europa. Nuestra compatriota ha sido la primera actriz española que ha conseguido victorias tan significativas y tan brillantes, y que tanto honran á nuestro teatro. Es de esperar y de desear que no sea la última; pero hasta hoy es la única.

EMILIO MARIO, compañero y discípulo del inolvidable *Julián Romea*, fué el actor cómico—sin sustitución hasta ahora—de aquella compañía, tan admirable en su conjunto, que bajo la dirección de Julián representaba, hace ya más de treinta años, de un modo delicioso, comedias que parecían encantadoras, gracias, casi siempre, á su ejecución inmejorable.

Allí lo vimos representar, como á nadie se le ha visto después, el asistente de *Don Tomás*, del malogrado *Narciso Serra*; allí desempeñó á las mil maravillas el *D. Hermógenes*, de *El Café*; allí hizo una creación (como ahora se dice) de una figura muy secundaria, casi episódica, de *Otra casa con dos puertas*; allí nos hacía morir de risa representando *El payo de la carta* y *Candidito*, y tantas otras. *Emilio Mario* es hoy, por derecho propio, el representante legítimo de aquella tradición artística; y como director y como actor, se halla á la altura de los mejores con que puedan honrarse los teatros extranjeros.

ANTONIO VICO es actor genial, artista de instinto infalible; de instrucción limitada, de estudios no muy hondos, de aplicación nada constante, posee recursos de tal fuerza que, en momentos dados, subyuga al público, y lo suspende, y lo arrebató, y hace de él su juguete. Es un don de la Naturaleza, cuyo secreto quizá ni él mismo conoce, y que, desde luego, no puede transmitir; por eso *Antonio Vico* no tendrá discípulos, aunque haya tenido y tenga todavía, muchos imitadores, que remedan lo puramente exterior: el ademán, el gesto, la mirada, acaso hasta la voz; pero que no pueden imitar lo que hay dentro, porque el genio no se remeda.



De MARIQUITA GUERRERO puede afirmarse que es, en verdad, nuestra actriz de *fin de siglo*. Nacida ayer al teatro, todo hace presumir que entrará en el siglo xx siendo honra y preza de la escena patria.

Ha demostrado ya que tiene talento, que estudia, que observa; todavía no ha probado que siente como entiende; aun no ha demostrado que tiene la flexibilidad necesaria para colocarse en situaciones por que no haya pasado en la vida real; aun no ha concluído de dibujar su personalidad artística; todavía copia, si vale expresarse así, el desnudo del yeso, no del natural. Pero la opinión pública, unánime en esto, le señala el primer lugar entre las esperanzas que ya tocan á la realidad; justo es, por consiguiente, que aparezca en primer término en el cuadro de nuestro teatro.

Como es justo que aparezca en la misma fila y á igual altura Emilio Thuillier, otro representante de la *gente nueva* en nuestro arte escénico. También es de ayer su notoriedad, por lo menos su notoriedad en Madrid, y es sabido que, por ahora, y mientras no sea un hecho la descentralización artística, sólo los públicos de Barcelona y de Madrid dan ó niegan credenciales de poetas y de actores.

No se crea—sería error crasísimo creerlo—no se crea que á esos cinco nombres se reduce la lista de los que deberían ser mencionados, si pretendiésemos catalogar los buenos actores, *los buenos*, con que hoy puede enorgullecerse con justicia el arte patrio.

Muchos son, tantos, que no nos sería dable nombrarlos á todos; si hemos comenzado por esos cinco es, ya lo dijimos, porque, representantes los tres primeros de lo presente de nuestra escena, y representantes los dos últimos de lo porvenir, son los cinco nombres aceptados por unanimidad, ó poco menos; hay, sin embargo, algunos otros que se hallan, ya en el uno, ya en el otro grupo, tan cerca de éstos, en la estimación del público, que sería muy dificultoso hallar un instrumento de precisión para apreciar con toda exactitud las diferencias que entre éstos y aquéllos existen.

BALBINA VALVERDE, por ejemplo, es una actriz popularísima, á quien nadie discute, y que, á juicio de todos, ocupa lugar de preferencia entre nuestros artistas dramáticos más famosos.

No tan conocida en Madrid, donde ha trabajado pocas veces, pero también muy estimada, CARMEN ARGÜELLES debe figurar entre los artistas que *ya han llegado*, que *son* actualmente. Y ANTONIA CONTRERAS, y CARLOTA LAMADRID (que sostiene en nuestro teatro la tradición querida de un glorioso apellido); y JULIA CIRERA, actriz de gran talento; y ELISA CASAS, y CARLOTA MENA, y SOFÍA ALVERÁ, y MATILDE RODRÍGUEZ, y LUISA CALDERÓN, y CARMEN BERNAL, y AMPARO GUILLÉN, y JOSEFINA ALVAREZ, y RITA REVILLA, y JUANA ESPEJO, y LUISA CASADO, y CLOTILDE LOMBÍA, y DOLORES ESTRADA, y otras, y otras, y otras, entre las cuales es de justicia que incluyamos el nombre de PEPA GUERRA, la inteligente y discretísima, cuanto simpática actriz, á quien distinguieron tan especialmente los públicos de Barcelona y de Madrid, y que si hoy, por desgracia, se halla accidentalmente alejada de la escena, volverá sin duda—cuando los motivos de salud que hoy le imponen forzoso retrainimiento cesen—á cosechar aplausos y laureles.

Al mencionar autores y maestros lo dijimos, ahora lo decimos de nuevo: no hemos pretendido escribir un diccionario biográfico de artistas, ni formar lista completa de los que en este momento de nuestra historia teatral actúan con aplauso en los teatros de Madrid,

de provincias y de Ultramar; citamos algunos, los menos, los que, por hallarse en Madrid ó en Barcelona, son más frecuentemente mentados por la prensa.

Nuestro propósito es probar con hechos y con nombres que el teatro español no se halla hoy en estado de lastimosa decadencia.

Fiando la tarea á nuestra memoria, sin buscar listas de compañías, sin esfuerzo alguno, hemos reunido nombres numerosos de actrices, todas celebradas, aplaudidas todas, y con justicia. Del mismo modo acudirán á nuestra memoria, espontáneamente, sin esfuerzo alguno, á centenares, nombres de actores, cuyo mérito es proclamado por los públicos más descontentadizos y por la crítica más exigente.

MIGUEL CEPILLO, actor de excelentes y no comunes condiciones, émulo del gran ANTONIO VICO, y que, en muchas ocasiones le ha reemplazado sin desventaja; PEPE MATA, de quien se dijo en los principios de su carrera que sería el heredero de *Julidn*; PERICO DELGADO, veterano ilustre del arte, que compartió con los grandes artistas Romea, Arjona, Valero, los favores del público, y que estrenó, con la incomparable TEODORA, esa joya de nuestra literatura dramática, titulada *El tanto por ciento*, y con MATILDE DíEZ y MANUEL CATALINA el drama de *Núñez de Arce*, titulado *El haz de leña*; DONATO JIMÉNEZ, discípulo predilecto del eminente Arjona, y á quien hallan muchos igual, si no superior, á su maestro en algunas obras, como *La Aldea de San Lorenzo*, y que no tiene rival en el *característico* de *Entre bobos anda el juego*; y ENRIQUE SÁNCHEZ DE LEÓN, actor inteligente y estudioso y de ilustración no muy común en *el oficio*, y que en *Ferreol*, *El guapo rondeño*, y otras comedias del repertorio moderno, si tuvo alguno que lo igualara, no ha tenido quien lo supere; y RICARDO CALVO, que ha recogido, y conserva respetuosamente la preciada herencia artística del inolvidable RAFAEL, y que es hoy el único que puede reemplazar á aquel malogrado coloso de nuestra escena; y PEPE GONZÁLEZ, de la escuela de Vico; y ALFREDO CIRERA, y JOSÉ AMATO; y, en otro género, el popular RAMÓN ROSELL, estimadísimo y querido como gracioso, aunque (tal vez sin él saberlo ni presumirlo) es merecedor del mismo aprecio, por su discreción suma, como actor serio; y JULIÁN ROMEA, á quien sus amigos llaman *Julianito*, una especie de estuche, ó, si se quiere, enciclopedia teatral, que declama, canta, toca el piano, escribe música (muy linda), arregla comedias con mucha gracia; y MARIANO LARRA (nieto del gran *Figaro*), que es uno de los actores cómicos de más talento y de más gracia natural que hoy tenemos; y DOMINGO GARCÍA y FELIPE CARSI, característicos de la buena escuela española; y PEPE VALLÉS, que, con *Juan José Luján*, fué alma y vida de aquellas funciones del *Teatro del Recreo* y del *Teatro de Variedades*, que iniciaron funciones por horas, hoy tan del gusto del público; y RICARDO MANSO, y WENCESLAO BUENO, y LEOPOLDO BURÓN, que hace mucho tiempo abandonó los teatros de la Península para recorrer, con buen éxito, los de América; y VICTORINO TAMAYO, á quien cupo la honra de estrenar esa obra monumental de nuestro teatro contemporáneo, titulada *Un drama nuevo*; y PEPE RUBIO, el colegial desenvuelto de *Pepa la Frescachona*.

En lo que hemos denominado *gente nueva*, que podríamos considerar como tropas de fresco que llegan á cubrir bajas naturales en las filas de los buenos actores, puede ingresar en rededor de *Mariquita Guerrero*; CÁRMEN COBEÑA, que en poco tiempo ha ganado mucho; ROSARIO PINO, una hermosa esperanza, y CONCHITA RUIZ; y al lado de Emilio Thuillier, ANTONIO PERRÍN, y FRANCISCO GARCÍA ORTEGA, y FERNANDO DE FONTANAR, ese actor de la

clase de aristócratas, y RICARDO RUIZ DE ARANA, y RAMÍREZ, y SANTIAGO, y JAVIER MENDIGUCHÍA, y..... ponemos fin, porque es preciso ponerlo, á la enumeración, que aun podría ser mucho más larga, porque faltan por mencionar muchos más de los que van mencionados.

No pretendemos sostener que haya en cada uno de esas actrices una Dusse, ni en cada uno de esos actores un Rossi ó un Salvini; no creemos que contemos hoy con muchas *Sarahs* y muchos *Coquelin*; que, entre paréntesis, tampoco abundan en la escena francesa; decimos, sí, que en el teatro español hay más actores aceptables y más artistas buenos que hubo nunca; y que, dígase lo que se quiera por los encomiastas de los tiempos que fueron, cuando *Julián Romea*, á quien muchos que viven hoy han conocido, y *Joaquín Arjona*, y *Valero* y *Catalina*, brillaban con mayor esplendor, no hubieran podido formarse los *conjuntos* que hoy se forman para nuestros teatros.

En gracia de la brevedad omitimos los nombres, que habrían de ser otros tantos, por lo menos, de las actrices y de los actores que cultivan con aplauso del público, en Madrid y en provincias, el género lírico. Conste, sin embargo, que, lo mismo en la zarzuela seria que en las zarzuelillas ligeras ó juguetes líricos, de los cuales no puede prescindirse al hablar de nuestro teatro contemporáneo, porque acaso sea éste el género más favorecido por el público, tenemos tiples y tenores, ya serios, ya cómicos, y barítonos, y contraltos, y masas corales, que bastan y sobran para presentar, con muchas probabilidades de buen éxito, las obras de interpretación más dificultosa.

Descontentadizo habrá de ser, por ejemplo, quien no otorgue su *exequatur* á *La Bruja*, de *Ramos Carrión* y *Chapí*, tal cual se presentó en la noche de su estreno hace pocos años en el teatro de la Zarzuela, de Madrid; ó á *Marina*, de *Camprodón* y *Arrieta*, como ha sido desempeñada, poco tiempo ha, por la compañía que ahora actúa en el mismo teatro.

#### IV.

##### LOS CRÍTICOS.

«La musica, à mici tempi, era altra cosa.»—(*Dottor Bartolo.*)

En el cuadro del *teatro Español*, de fin de siglo, no podían faltar las figuras de los *críticos*. Pocos son, entre los que hoy ejercen en nuestra patria ese elevado magisterio, los que se dan á sí mismos el nombre de críticos; denomínanse casi todos, modestamente, *revisteros de teatros*, *cronistas de espectáculos*, *noticieros*, todo, menos críticos. Y en verdad, en verdad que, admitido el procedimiento, al uso, para *juizar, según las leyes de la crítica*, las obras teatrales, es casi imposible dictar sentencia con probabilidades de acierto.

Hace ya algunos años, bastantes años, cuando estaban encargados de la crítica de teatros en los periódicos de Madrid, *Federico Balart*, *Juan de la Rosa González*, *Fernández Bremón*, *Pedro Antonio Alarcón* y algunos otros menos conocidos que éstos, ningún diario publicaba la crítica de una obra al día siguiente de su estreno. Los periódicos mejor servidos en este concepto; los que—adelantándose á su tiempo y vislumbrando casi el afán insaciable de *información* que hoy nos domina—querían poner á sus lectores al corriente de